

Después de una repetición de la *Perichole*, se puso en escena, por primera vez en México, en la décima función de abono y en la noche del 11, la *Carmen*, de Bizet. De su desempeño dijo *El Cronista*: "Paola Marié se ha portado como eminente artista que es: ha hecho una hermosa é interesante *Carmen*; como actriz tuvo momentos de primer orden, sin dejar de estar bien en toda la pieza; cantó su extraña y difícil parte con positiva inspiración, sin recurrir á los triviales y comunes efectos con que, por engaño, se hacen aplaudir algunos artistas: Paola Marié, sin ostentación y sin soberbia, todo lo fia á su talento, que nuestro inteligente público acata y aplaude sin reserva y con entusiasmo. Vistió como de costumbre viste esta artista, con desusado lujo y sin rival buen gusto, resultando como siempre magníficamente hermosa, especialmente en los actos segundo y cuarto, con los trajes de gitana y maja, ambos de mucha riqueza. Si otra cosa no tuviese, y en ella no se reboasen como reboan el talento y la inspiración, Paola Marié se nos habría impuesto por su belleza.

"La Leroux estuvo muy bien como cantante, luciendo, como en *Le pré aux clercs*, su excelente voz, viéndose precisada á repetir entre entusiastas aplausos, algunos de los números de su parte. Mauras cantó en esa obra con gran pureza de estilo, conservándose en toda ella á grande altura. Nigri, Poyard, la Gregoire y la Merle, muy bien en sus respectivos papeles. Los coros, especialmente el de niños en el primer acto, merecieron los aplausos que en buena lid ganaron: casi todos esos niños eran muchachos mexicanos, que cantaron y pronunciaron el francés como pequeños parisienses."

El 12 á beneficio de Duplan, se cantó *La Bella Elena*, y sucesivamente *Giroflé*, *Carmen*, varias veces, una de ellas á beneficio de Mauras; el 19, á beneficio del Tesorero y el Agente, se puso el primer acto de *Giroflé*, en *travesti*, transformándose Paola en el feroz *Mourzouk*, y Duplan en la *tierna y sensible Giroflé*. Se siguieron *La hija de Madame Angot*; *La vie parisienne*, el 21, para función de gracia de la Albert; el 23, á beneficio de la Leroux, se cantaron el segundo acto de *Le pré aux clercs*, *La Fille du Regiment*, de Donizetti, y el quinto acto del *Fausto*, de Gounod.

El 24, y en provecho de Mezières, tocó su turno al tercer acto de *Madame Favart* y la deliciosa caricatura *Les Chevaliers du Ponce Nez*. El 25, la agraciada fué Paola Marié, que dió *Barbe Bleu*, que no tuvo nada buena interpretación por parte de Tauffenberger, cuya escasa voz no iba de acuerdo con la importancia de la parte cantable á él encomendada. Esa función produjo una entrada de dos mil ochenta y tres pesos, asistiendo lo mejor y más granado y elegante de nuestra sociedad. Al presentarse Paolá en escena, un aplauso nutrido, estruendoso y prolongado se dejó escuchar, á la vez que una llu-

via de ramos y de flores, de versos en francés y en español y multitud de palomas blancas con lazos al cuello, cubrían materialmente la escena. Desde luego comenzaron á serle presentados valiosos regalos y ricas coronas, de cuyas cintas pendían distintos obsequios de gusto y precio; en el segundo entreacto se le presentó un magnífico collar de tres hilos de gruesas é iguales perlas, comprado en dos mil pesos en una joyería de la calle de Plateros, y obsequio de un círculo extenso de sus compatriotas y amigos. Paola desempeñó el papel de *Boulotte* de un modo notable, sin desconcertarse á la vista de la débil interpretación que dieron á los suyos los demás artistas. Al fin del espectáculo, la mayoría del público se formó en dos repletas filas desde la puerta del foro hasta el Hotel de Iturbide, esperando ver pasar á la artista que fué conducida en triunfo á su alojamiento entre los bravos, los aplausos y los vítores más entusiastas. Paola hizo el trayecto en una carretela abierta tirada por cuatro caballos y entre dos filas de hombres con hachas de viento y á los acordes de un banda. Ya en el hotel, Paola tuvo que presentarse distintas veces en sus balcones á saludar á la muchedumbre que la aclamaba con desusado entusiasmo.

Al día siguiente del de Paola tuvo lugar el beneficio de la simpática y modesta Cecilia Gregoire, con una función acertadamente dispuesta y que agradó en extremo: tercer acto de *Fausto*, tercero de la *Princesa de Trevisonda* y segundo y tercero de *Carmen*.

El domingo 27, con *Carmen* por la tarde, y *La Hija del Tambor Mayor* en la noche, se despidió de nuestro público la excelente Compañía Grau.

Ni disponemos de espacio ni podríamos extendernos más acerca de la mayor parte de las obras puestas entonces en escena. El álbum de caricaturas del repertorio bufo no puede ser descrito ni examinado con formalidad: lo mismo podemos decir de la música de Offenbach; sus defectos son precisamente en lo que sus efectos se basan y apoyan: fué el Mefistófeles del arte; dotado de una carcajada en extremo musical, compuso la partitura de sus obras con sólo reírse de las necesidades de sus libretos. Para encontrar intérpretes de sus obras, no tuvo más que dar á los *clowns* patentes de actores y trasladarlos de la arena del circo á las tablas del escenario. Sus famosísimas óperas bufas son una sangrienta burla de cuanto se halló al alcance de su fecundidad prodigiosa; sólo una cosa respetó, el amor maternal; no conocemos composición alguna suya en que le haya puesto en caricatura.

Mauricio Grau era un inteligente empresario, que sabía dar al público por su cuerda; sin embargo, cometió el error de haber exhibido un coro femenino, cuyas dos únicas mujeres regularmente bellas, perjudicaron por contraste á las demás, pareciendo unas estrellas de

superiores luces por más que estuviesen bien distantes de serlo. En cambio, todos nos hicimos lenguas para ponderar el precioso busto de Paola Marié; pocas veces se ha visto en nuestros teatros una fisonomía más picarescamente hermosa; había en ella una movilidad tal y tan elocuente, por decirlo así, que no se necesitaba oír la hablar para comprender lo que quería decir. Los ojos de Paola fueron soberanamente hermosos, capaces de todas las expresiones, desde la más enérgica á la más dulce.

Diferente en esto era su voz, sumamente dura en el recitado. Su campo de batalla, ó por mejor decir, de triunfos, estaba en el género bufo, y por más que no faltaran quienes la pospusieran á la Aimée, fué más discreta y medida que ésta. Se notó que era una excelente actriz aun desde antes de haberla visto en *Madame Favart*, que parece haber sido escrita para que una artista pueda dar en ella amplia demostración de su talento.

La Albert estuvo muy distante del mérito de la Marié; desde luego no tenía semejantes ni la belleza ni la expresión del rostro: al atacar las notas altas daba á éste un lastimoso aspecto. No le faltaron, sin embargo, simpatizadores que trataran de suscitar antagonismos y rivalidades imposibles entre ella y Paola. Pero se empeñaron en un pleito perdido. De las biografías que acompañando á su retrato se repartieron con profusión, resultaba que la Albert había estado siempre bien en *segundos papeles*: aquí vimos que esto era verdad. La obcecación de sus amigos no quiso convencerse de que Paola Marié no había venido aquí á hacer su reputación, sino á demostrarnos cuán justamente se la habían acordado los públicos de Europa y de América. Impotente la Albert contra la artista, quiso vengarse de la mujer, y produjo una carta que dirigió á un redactor de *L'Evenement*, quien cometió la vileza de publicarla, atacando á Paola Marié en su vida privada. La carta fué reproducida por otro periódico de los Estados Unidos, y llegó á México impresa en *Le Courrier*. "Por fortuna — decía un espiritual *humorista* — es un simple desahogo de rivalidades, que no interesa en nada al público. Allí no se discute á la artista, se discute á la mujer. Mary Albert se encarama en la escalera del escándalo, para mirar por la ventana de la vida privada. Este es un crimen de curiosidad, disculpable en una hija de Eva. Pero después de ver y examinar, Mlle. Albert descende de la escalera para decir á voz en cuello lo que ha visto. Esto es más grave, y ya pertenece á la esfera de los tribunales y á la acción más ó menos expedita de los Códigos. Nadie tiene derecho de escalar las murallas de la vida privada, tan inviolable como el gineceo. Mlle. Marié sólo se exhibe á la curiosidad del público á la luz cruda del escenario, y no á la luz de la veladora deslustrada que alumbra los secretos de su alcoba. Podemos discutir á la artista pero no tocar á la mujer. Es-

te es un delito de *lesa majestad*, porque para todo caballero y para todo hombre honrado, la mujer es una reina. *Nadie toque á la reina*, dice un antiguo proloquio francés. A esta grandeza de sexo, Paola Marié reúne la grandeza del talento. Un sacerdote inglés, amante de la música, quiso absolutamente oír cantar á la famosa Alboni, y fué al Teatro Italiano, resuelto á permanecer oculto en la penumbra de su palco. Pero su entusiasmo fué tal, que traicionándose, se descubrió con este grito: "Mujer, tus pecados te serán absueltos, porque eres muy grande artista." He leído la carta de la Albert y acabo de oír cantar á Paola Marié y entusiasmado, repito el grito del sacerdote inglés. Paola vió con desdén, aunque quizá no sin indignación, la carta escandalosa, y esta conducta prudente acabó de conquistarle las simpatías de los que temieron ver reproducida en la vida real la escena del último acto de *Madame Angot* entre *Clairette*, la reina del mercado, y *Mlle. Lange*, la reina del Directorio.

Elena Leroux agradó sobremanera por su excelente voz y por su agradable figura: en el vals de Venzano, en la *Micaela*, pudo cuantas veces cantó, renovar los triunfos y los atronadores aplausos que ni una sola vez dejó de arrancar en el segundo acto de *Le pré aux Clercs*. Su círculo de admiradores fué inmenso, y la modestia y la sencillez de la artista encantaron á cuantos la trataban, admirados de la altura á que había sabido colocarse cuando apenas contaba cinco años de haber pisado las tablas por primera vez.

La Gregoire fué sin duda el mejor cuerpo femenino de la Compañía: su voz era limpia y tersa, pero escasa; un revistero, elogiando los hermosos labios de la Gregoire, decía que las notas son muy necias, pues si tuvieran alma no saldrían de la prisión de aquella boca de terciopelo y de granado; en nuestro sentir, no fueron esas notas tan necias como se las suponía, pues si bien es cierto que pugnaban por salir de sus delicados labios, no siempre lo lograban sino á medias.

Nigri, la joya de la Compañía, era de aquellos artistas que no pueden ser censurados ni por la más ciega mala voluntad; en lo serio, en lo bufo, como cantante, como actor en las tablas y como caballero nunca se le encontró ni una sola falta: era un artista completo, y como tal lo dominaba todo.

A nadie faltaba algo bueno en aquel cuadro: Tauffenberger, aparte del fracaso del *Barba Azul*, agradó siempre. Duplan era un antídoto infalible contra el mal humor, y en la misma línea formaba la Delorme. Mezières fué lo que siempre había sido, un gran artista. Del coro de mujeres algo dije ya; entre ellas hubo una que era tuerta, lo que hizo exclamar á un revistero: "cuando miré anunciado *l'œil crevé*, supuse que Grau la había traído para desempeñar el papel de la protagonista." Después de mirar semejante desatino físico, era preciso volver los ojos á Mlle. Vallot, que no era corista si por corista

se entiende la mujer que tiene voz para cantar en coro, pero que sí era hermosa. Mlle. Vallot tuvo tantos enamorados como trajes, trajes magníficos tan lujosos como los de las principales artistas, pero que sin duda le salían más baratos que á ellas, porque la Vallot, que tenía muy lindos pies, muy torneados brazos, muy correcto pecho y muy esculturales espaldas, dejábalo todo ello al descubierto, exigiéralo ó no la época, y debía por consiguiente emplear en la confección de sus trajes media docena de varas de tela menos que cualquiera otra mujer; sus dientes eran también perfectísimos, lo cual la perjudicó en alto grado, pues en su afán de lucirlos sonreía con exceso en todas ocasiones, haciéndonos el efecto de esas dentaduras de movimiento de cuerda de reloj, que antiguamente exponían en sus escarpates los Spyer y los Antonio Roque de mediados del siglo. Con ella competía Emilia Bazin, con su pequeña boca de cereza y con su inmenso seno cautivo en el corsé, que causó una verdadera revolución en el patio. Por su fisonomía blanca y traviesa y sus ojos redondos y negros, parecía muñeca de Nuremberg. Al verla moverse con su respetable humanidad, no fea sin embargo, podía, dijo el cronista *M. Cancán*, estudiarse la dirección de los globos en el teatro. Entre las demás coristas eran algo más notables, sin pasar de ahí, Blanche, con sus brazos blancos y torneados, y la Duparc, gruesa y pequeña, con ojos color de sombra y garganta color de leche.

Aparte de las obras exclusivamente bufas, que puso en escena la Compañía Grau y que agradaron casi en su totalidad, el público oyó complacido *Mignón*, *Le pré aux Clercs* y *Carmen*. La menos felizmente interpretada fué la primera, pues Paola no pudo ponerse á la altura de su hermana la Galli-Marié, para quien fué escrita por Ambrosio Thomas, el entusiasta y entendido admirador de Chopin, Mendelshon, Weber y Meyerbeer, el compositor ilustre que fué á pedir el canevá para sus singulares obras á Shakespeare y á Goethe y formó para la Galli-Marié y Cristina Nilson, sus aplaudidísimas *Mignón* y *Ophelia*.

¿Qué poeta, pregunta un crítico, ha escrito un himno más suave que la cantilena de Shakespeare á Elisabethette en el *Sueño de una noche de verano*, ni un salmo más virginal y de armonía más misteriosa que la balada de *Mignón*? Para su última ópera fué á buscar en otro coloso como Shakespeare y Goethe, en el Dante, á *Francesca de Rimini*. Ya queda dicho que esa compañía interpretó á maravilla *Le pré aux Clercs*, de Herold, francés por nacimiento y por ser discípulo de Mehul, y alemán por filiación. En cuanto á *Carmen*, del malogrado Bizet, la Compañía Grau, que tan brillante y acertadamente nos la dió á conocer y la hizo amar del público, es hasta cierto punto responsable de los desacatos que con esa obra bellísima han cometido, cometen y seguirán cometiendo empresarios dignos de serlo de Mazzantini y de

Ponciano Díaz, y zarzuelistas sin conciencia artística, especialmente los de nacionalidad española, buenos *flamencos* quizá, pero detestables intérpretes del ilustre *fantaisiste* de la novela de Merimée.

Lo demostraremos al hablar á su tiempo de los horribles desacatos cometidos con la obra de Bizet, al ser representada en castellano por compañías de zarzuela.

CAPITULO VIII

1881.—1882.

Fué notable todo el resto del año de 1881 por la absoluta pobreza de espectáculos públicos en la Capital. Encontrándose aún en México la Compañía Grau, siguió el Principal con sus muy concurridas *tandas* y sus aplausos á la Lluch, la Sáenz, la Lepri y la Gasparo. En el de novedades, en el Seminario, el prestidigitador italiano Poretto hacía sus suertes al económico precio de doce centavos por acto. En Arbeu la Compañía Acrobática de Enriqueta Zeller, hermosa norte-americana, atrajo no poco público con sus varios artistas y sobre todo con la "exhibición del fenómeno más sorprendente del siglo XIX, la mujer gigante, Ernestina Benitti." El domingo 30 de Enero verificó el estreno de un humildísimo y mal teatro, que con el nombre de "Merced Morales" se levantó en la primera calle ó Avenida Lerdo, representándose el drama en siete actos *Los pobres de México* y la pieza *El pintor y la modista*. Por último, y refiriéndonos siempre á los meses en que aun trabajaba la Compañía Grau, en la noche del 18 de Febrero inauguraron los Hermanos Orrin su *Circo Metropolitano* en la plazuela del Seminario: el domingo 20 introdujo esa Empresa por primera vez, la costumbre de dar tres funciones, una á las 11 de la mañana, otra á las 4 de la tarde y la tercera á las 8 ½ de la noche. "Ese circo, decía *El Monitor*, no puede estar construído de una manera más provisional; una gran tienda de campaña, remendada: un esqueleto de gradas, tres filas de sillas y el círculo central en donde se presentan caballos y payasos, y en donde lucen sus robustas formas los artistas acróbatas. El alumbrado casi se ha suprimido; sólo en el mástil de en medio se ven dos grandes lámparas de gasolina, que si iluminan perfectamente el redondel, dejan á oscuras todo lo demás, de manera que la concurrencia no luce ni sabe quién está allí. Lowande en el caballo en pelo hace prodigios;